

EL DOLOR DE SENTIR Y CALLAR de Alicia Mercedes Paricio Ba

Laura, Sábado, 3:14

Un muro oscuro se yergue ante mí. La indecisión. O quizás el temor a lo desconocido.

Otra vez. Otra más, la ansiedad y el estrés vuelve a mí.

Cierro el cuaderno en el que estaba dibujando y cojo el móvil para revisar si tengo mensajes por leer. Veo once llamadas perdidas de Valentina al desbloquearlo. Ni siquiera recordaba tener su número guardado.

Ayer a última hora de clase, una solitaria y cristalina lágrima se deslizó por su perfecto rostro sin acné. Una lágrima que nadie advirtió, salvo yo. Tiendo a aburrirme bastante en física y química, y más un viernes a última hora. Así que contemplo a mis compañeros mientras, Manuel, nuestro profesor, se limita a mandarnos ejercicios que nadie hace.

Si tan mal está Valentina y teniendo en cuenta nuestra nula relación amistosa, ¿por qué me iba a llamar a mí?

Le devuelvo la llamada por si acaso y su contestador de voz es quién me recibe en su lugar. Es normal que no lo coja, son las tres y cuarto de un sábado después de una semana petadísima de exámenes.

Suelo padecer insomnio con mucha frecuencia, más aún cuando tengo reciente uno de mis frecuentes ataques de ansiedad.

Pero la gente como ella no tiene problemas así. Crean un estereotipo dentro de una sociedad de jóvenes hormonados que daña y te hace sentir insuficiente en comparación con ellas, porque siempre son chicas. Siempre son chicas las que ponen estándares invisibles e inalcanzables que otras tenemos que alcanzar. Siempre tenemos que compararnos entre nosotras para ser mejores que las demás o para superarnos.

Cuando me siento así, más bien, cuando me pongo a pensar y a enfrentarme a la realidad, escribo lo que pienso y dibujo lo que siento.

Ahora mismo estoy un poco confusa. La odio, la odio y la odio, pero la idea de que quiera que alguien como yo la ayude me supera. Supera en creces las expectativas

que tengo sobre mis capacidades empáticas hacia las personas que alguna vez me menospreciaron. Como ella.

Si acude a mí en un momento así, solo puede ser porque sabe cómo me siento y que por lo que ella está pasando ahora, sea lo que sea, le hace sentir lo mismo que ella alguna vez me hizo sentir.

Me es imposible permitir que alguien más tenga que sentir eso a costa de otros. Pero sabiendo que es a ella, a ella a quién tengo que ayudar...

Espero su llamada durante varios minutos que para mí fueron eternidades. Caigo dormida y rendida por el estrés.

Valentina, Domingo, 10:23

Ha visto mis llamadas, incluso me llamó sobre las tres. Me levanto de la cama y me pregunto, una vez más, porqué la llamé a ella. Después de todo lo que pasó el año pasado, ¿por qué me ayudaría a mí?

Sinceramente, no me arrepiento de lo que le hicimos entonces. A veces todos necesitamos un poco de nuestra propia medicina.

Como de costumbre, voy directa al baño para ducharme y plancharme el pelo. Mientras deslizó la plancha por mi pelo, me miro al espejo y no puedo evitar contemplar las enormes ojeras que cubren la parte inferior de mis ojos pardos.

Llevo toda la semana sin apenas dormir. Anoche, en concreto, devoré en apenas media hora casi siete capítulos del libro que me ocupa ahora. Cerré el ejemplar poco antes de que Laura me devolviera la llamada.

A parte de su llamada perdida, también tengo los cientos de mensajes del grupo del equipo de baloncesto preguntando por qué no asistí ayer al partido. Simple, no había nadie para poder llevarme.

Al terminar, bajo a desayunar y, como en los últimos cinco días, no hay nadie. No hay nadie en casa. Pero sí un montón de cajas de mudanza esparcidas por el salón y por los pasillos que nadie va a recoger. No son mi problema más relevante ahora mismo. Necesito organizarme las ideas y saber qué voy a hacer, si no los encuentran.

Ella también ha pasado por esto y nadie estuvo a su lado. Nadie la ayudó, ni le tendió la mano y le prometió que todo iba a salir como ella esperaba. Nadie le prestó su hombro para llorar sobre él. Y ni mucho menos, nadie le preguntó si estaba bien. Son pequeños gestos que ayudan a que una persona se pueda reconstruir por dentro después de que todo su mundo se derrumbara. Frente a nuestros ojos, mientras ella solo podía llorar para desahogarse y demostrarnos lo mal que estaba.

Yo no puedo hablar de ayudar, y mucho menos en su caso. Pero no puedo distraerme con eso ahora, ni ponerme sensible. No es el momento indicado. De hecho, necesito justo su ayuda. Me pregunto si le sorprendió ver mis llamadas.

Laura, Lunes, 11:15

Todos nos miran. No sé qué debo hacer exactamente. Se acercarían a consolarla, si yo no estuviera. No lo hacen porque piensan que yo soy un monstruo. Solo me ven como a alguien a quién no deben acercarse, alguien a quién es mejor evitar. Ella les ha hecho pensar así sobre mí. Les volvió en mi contra por su propio beneficio y ahora... ya nada puede hacerles cambiar de opinión, ha pasado demasiado tiempo.

Ella llora, desesperadamente, mientras balbucea desconsolada por qué me llamó el viernes por la noche. Apenas entiendo lo que me intenta decir. Le digo que se calme y respire profundamente antes de seguir hablando, pero no me hace caso.

Entonces lo recuerdo. Recuerdo lo que realmente ocurrió, por qué ocurrió.

-Valentina, despierta. No todo y todos giramos a tu alrededor y estamos a tu servicio cuando nos necesites. No todo va a seguir siendo todo perfecto en tu mundo perfecto. Un día vendrá alguien y te lo destrozará. Destrozará tu mundo y a ti. Reducirá tu autoestima a pedazos y lo lamentarás. Lamentarás habérsela destrozado a otros. Lamentarás haber hecho creer a otros que no son suficientes si no son lo que tú quieres. Lamentarás haber separado a personas de sus amigos y haberte hecho pasar uno de ellos para beneficiarte de su sufrimiento.

Para mí, las palabras salen de forma lenta y sensata. Pero, en verdad, me he puesto en pie y le estoy escupiendo y gritando mis sentimientos hacia ella mientras las primeras lágrimas de odio y frustración comienzan a resbalar sobre mi rostro. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué...? ¿Por qué estoy haciendo esto? Se supone que ya lo tenía superado...

Abre la boca para hablar, pero no logra articular nada. ¿Ahora? ¿Ahora va a quedarse callada? Después de todo, pase lo que pase, siempre acabaré perdonándola. Igual que ella siempre vuelve a mí.

Mi respiración va bajando el ritmo poco a poco, mientras ella espera a que diga algo más. No creo que vaya a decir nada más. Me paro un momento a mirarla a los ojos, sin miedo. Ahí sigue, sentada y con los ojos aún llorosos y un poco rojos. Tan indefensa que hasta no parece la misma persona contra la que yo me estaba desahogando hacía apenas unos segundos.

Con la cabeza agachada y una ligera sombra de miedo en el semblante, comienza a hablar. Lo hace con calma y tranquilidad, para que cada una de sus palabras penetren en mi mente como estacas.

-Sí, tú misma lo has dicho. Todos pensáis que yo soy perfecta y que mi vida es perfecta. Eso me ha hecho verme de una forma diferente a la que yo lo hacía. Me ha hecho darme la libertad de hacer lo que quisiera porque sentía que nadie podía pararme y nadie le importaría. Eso es algo que yo nunca hubiera sentido si no hubiera sido por vuestros prejuicios. Tus palabras han sido como una bofetada para darme cuenta de todo el daño que he ido causando estos años y el sufrimiento que he dejado a mi paso.

Su voz se va quebrando poco a poco, hasta que apenas reconozco las últimas palabras. Y vuelvo a sentirlo. Es un sentimiento que conozco bien, que muchas otras veces he logrado reprimir. Esa sensación que solo ella me puede hacer sentir. Para mí es algo semejante a la manipulación, algo que hace para intentar mantener su buena imagen.

Ninguna de las dos habla, expectantes al siguiente movimiento de la otra. Percibo una respiración agitada cerca de mí. Y otra. Y otra. Hasta que me giro y, toda la gente que antes observaba con cautela desde la distancia nuestra disputa, ahora forman un corro a nuestro alrededor.

Repito, no sé muy bien qué hacer ahora mismo. Las lágrimas no cesan, ni en su rostro ni en el mío. Cuando la miro, siento como un espejo reflejándome a mí misma cuando era ella la que me gritaba lo inútil que era y entonces era yo la que yacía en el suelo de rodillas con la mirada perdida y llena de terror. ¿Realmente ahora es Valentina la que está sufriendo? Me sentiría realmente estúpida si solo se tratara de otra humillación más.

Lentamente se va levantando del suelo mientras le sostengo la mirada, cansada de ser el centro de los problemas por su culpa. No se detiene. Yo tampoco me muevo ni hago nada, solo me dejo llevar por la situación. Nadie hace nada.

Se detiene enfrente mío.

Valentina, Lunes, 11:21

-Yo te envidio, Laura.

Es la primera vez que no le llamo "llorica" o "inútil" y sí lo hago por su nombre. También es la primera vez que le confieso a alguien lo que siento y expreso mis sentimientos. A lo mejor ese es mi problema.

-Pensé que si me acercaba a ti y me hacía tu amiga podría ser como tú. Pensé que no me afectaría tanto lo que pensarán los demás si me juntaba con alguien como tú. Siempre he admirado tu forma de disfrutar las cosas y de poder expresar tus sentimientos tan libremente. Pero cambié, y a mal. Y te hice daño con mis prejuicios. Te hice mucho, mucho daño. Será algo que, después de haberme dado

cuenta, nunca me podré perdonar. Y entiendo más que nada en el mundo que tú tampoco logres ser capaz de perdonarme nunca. Y además, me parece muy guapa. Me encanta que nunca lleves maquillaje como el resto o como yo, eso te hace aún más guapa por dentro.

¿Qué estoy diciendo? ¿Realmente he vuelto a ser la de antes? No lo sé, pero sé que debería volver a serlo e intentar reparar el daño que le causé. Yo también tengo mis propios problemas, aunque no quiero cargar con más sobre mi espalda.

Me mira fijamente, naturalmente, extrañada por mi respuesta. Se acerca un poco más a mí, esa es la respuesta que obtengo por su parte. ¿Qué va a hacer?

Cierro los ojos dejándome llevar y siento sus brazos y mi cuerpo fundiéndose en un cálido abrazo.

-Siento mucho haberte gritado de esa forma antes.

Es lo único que le escucho decir antes de que suene la sirena avisándonos de que ha finalizado el recreo. La gente de nuestro alrededor se va hacia sus respectivas clases, decepcionada porque el “espectáculo” ha terminado y nadie ha golpeado a Laura.

Y nosotras seguimos ahí. Tragándonos nuestras propias palabras de odio y disfrutando de cada segundo de este momento que nos sirve como cura de todo el daño que nos hemos causado.